

des que halla en su largo camino, y por nadie vistas hasta entonces, son en verdad patrañas que entretienen al lector; pero por lo demás, estropea todas las inscripciones que inserta; sus plagios son continuos, y su descripción de Jerusalén está copiada literalmente de la de Deshayes; finalmente, habla de Atenas como si nunca la hubiese visto; y lo que de ella dice, es uno de los cuentos más portentosos que viajero alguno se ha tomado la libertad de dar á luz.

«Sus ruinas, como puede juzgarse, son la parte más digna de atención. En efecto, aunque el número de casas es considerable y la atmósfera muy benigna, casi no hay habitantes. Gózanse allí comodidades que no se hallan en ninguna otra parte: vive allí el que quiere, y las casas se dan sin pagar alquiler alguno. Por lo demás, si esta célebre ciudad es entre todas las antiguas la que ha consagrado más monumentos á la posteridad, puede decirse que la bondad de su clima se ha conservado también más que en ningún otro lugar del mundo, á lo menos de los que he visto. Parece que en otros países los hombres se complacen en destruirlo todo, y la guerra ha causado casi en todas partes estragos que al arruinar los pueblos han desfigurado todo lo hermoso que contenían. Solo Atenas, ora por casualidad, ora por el respeto con que naturalmente debía mirarse una ciudad que había sido el emporio de las ciencias, y á la cual todo el mundo debía reconocimiento: Atenas, repito, ha sido la única que se ha librado de la destrucción universal; allí se hallan con profusión en ella mármoles de una hermosura y tamaño sorprendentes; y á cada paso se tropieza con columnas de granito y jaspe.»

Atenas está muy poblada, y sus casas no se dan de balde; no se tropieza en ella á cada paso con columnas de granito y jaspe; por último, diez y siete años antes del 1704, los monumentos de esta célebre ciudad habían sido destruidos por los venecianos. Lo más extraño es que ya eran muy conocidos los diseños de Mr. de Nointel y el Viaje de Spon, cuando Pablo Lucas imprimió esta relación, digna de las *Mil y una noches*.

La *Relación del viaje* del señor Pellegrin en el reino de Morea, es de 1748. El autor se presenta como hombre de escasa educación y de ciencia aun más escasa; su miserable folleto, de ciento ochenta y dos páginas, es una recapitulación de anécdotas amorosas, de canciones y malos versos. Los venecianos, dueños de la Morea desde 1685, la perdieron en 1745. Pellegrin escribió la historia de esta última conquista de los turcos; y esto es lo único que interesa en su relación.

El abate Fourmont fue por orden de Luis XV á buscar al Levante inscripciones y manuscritos. Citaré en el *Itinerario* algunos descubrimientos hechos en Esparta por este sabio anticuario. Su Viaje ha quedado manuscrito, y no conocemos de él sino algunos fragmentos; sería de desear que se publicase, porque nada tenemos completo acerca de los monumentos del Peloponeso.

Pococke visitó á Atenas al regresar de Egipto, y describió los monumentos del Atica con esa exactitud que hace conocer las artes sin hacerlas amar.

Wood, Hawkins y Bouverico hacían entonces su viaje en honor de Homero.

El primer viaje pintoresco de la Grecia es el de Leroi. Chandler acusa á este artista francés de inexacto en algunos dibujos, en los que ha hallado adornos superfluos; los cortes y los planos de Leroi no tienen la escrupulosa fidelidad de los de Stuart; pero bien considerado, su obra es monumento que hace honor á la Francia. Leroi había visitado á Lacedemonia, que distingue muy bien de Misitra, y cuyo teatro y *dromos* reconoce.

No sé si las *Ruins of Athens* de Roberto Sayer son una traducción inglesa y un nuevo grabado de las

láminas de Leroi; confieso igualmente mi ignorancia sobre el trabajo de Pars, del cual Chandler hace muchas veces el elogio.

El año 1761, Estuart enriqueció su patria con la obra tan conocida con el título de *Antiquities of Athens*; es un excelente trabajo, útil especialmente á los artistas, y ejecutado con ese rigorismo de dimensiones de que se hace alarde en nuestros días; pero el efecto general de los dibujos no es bueno, pues la verdad que se advierte en los pormenores falta en el conjunto; el lápiz y el buril británicos no tienen bastante limpieza para reproducir las líneas tan puras de los monumentos de Pericles, porque se advierte siempre cierta vaguedad en las composiciones inglesas. Cuando la escena está colocada bajo el nebuloso cielo de Londres, este estilo vaporoso no carece de atractivos; pero destruye los deslumbradores paisajes de la Grecia.

El *Viaje* de Chandler, que siguió de cerca á las *Antigüedades* de Stuart, podría hacer superfluos todos los demás. El doctor inglés ha desplegado en su trabajo una rara fidelidad, una erudición fácil, y no obstante profunda, una sana crítica y un esquisito juicio. Solo le acuso por hablar con frecuencia de Wheler y por escribir el nombre de Spon con marcada repugnancia. Spon merece ser citado cuando se hace mención del compañero de sus trabajos. Chandler, como sabio y como viajero, hubiera debido olvidar que era inglés. En 1805 publicó el último viaje á Atenas, que no he podido proporcionarme.

Riedesel recorrió el Peloponeso y el Atica en el año 1774, y atestó su reducida obra de muchas grandes reflexiones sobre las costumbres, las leyes, la religión de los griegos y de los turcos; pues este barón alemán viajaba por la Morea tres años después de la expedición de los rusos. Multitud de monumentos habían desaparecido en Esparta, en Argos y en Megalópolis, á consecuencia de esta invasión; así como las antigüedades de Atenas debieron su última destrucción á la expedición de los venecianos.

El primer tomo de la magnífica obra de Mr. de Choiseul vió la luz á principio del año 1778. Citaré con frecuencia esta obra con los elogios que merece, en el discurso de mi *Itinerario*. Aquí observo únicamente que Mr. de Choiseul no ha publicado aun los monumentos del Atica y del Peloponeso. El autor se hallaba en Atenas en 1784; y creó fue en este año cuando Mr. de Chabert determinó la latitud y la longitud del templo de Minerva.

Las investigaciones de MM. Foucherot y Fauvel empiezan en 1780, y continúan en los años siguientes. Las Memorias del último viajero hacen conocer lugares y antigüedades desconocidas hasta entonces. Mr. Fauvel fue mi huésped en Atenas, y en otra parte hablaré de sus trabajos.

Nuestro eminente helenista, d'Ansse de Willoisson, recorrió la Grecia casi en la misma época; pero no hemos disfrutado del fruto de sus estudios.

Mr. Lechevalier pasó algunos momentos en Atenas en 1785.

El viaje de Mr. Scrofani presenta el sello de su siglo, es decir que es filosófico, político, económico, etc. Es inútil para el estudio de la antigüedad; pero las observaciones del autor relativamente al suelo de la Morea, su población y comercio son excelentes y nuevas.

En tiempo del viaje de Mr. Scrofani, dos ingleses subieron á la cima más culminante del Tajeto.

En 1797, MM. Dixo y Nicolo Stephanopoli fueron enviados á la república de Maina por el gobierno francés: estos viajeros hacen un gran elogio de esta república, acerca de la cual se ha discutido tanto. Tengo la desgracia de mirar á los maniotas como una asociación de forajidos, esclavos de origen, que así son los descendientes de los antiguos espartanos, como los drusos lo son del conde de Dreux; no puedo pues, participad del entusiasmo de los que ven en esos piratas del

Tajeto los virtuosos herederos de la libertad lacedemonia.

El mejor guía para la Morea sería ciertamente monsieur Pouqueville si hubiese podido ver todos los lugares que ha descrito; pero por desgracia se hallaba prisionero en Tripoliza.

Entonces lord Elgin, embajador de Inglaterra en Constantinopla, realizaba en Grecia los trabajos y los estragos que tendré ocasión de aplaudir y lamentar. Poco después que él, sus compatriotas Swinton y Hawkins, visitaron á Atenas, Esparta y Olimpia.

Los *Fragmentos para servir al conocimiento de la Grecia actual* terminaban la lista de todos estos viajes antes de la publicación de las *Cartas sobre la Morea*, por Mr. Castellan.

Resumamos ahora en breves palabras la historia de los monumentos de Atenas. El Partenon, el templo de la Victoria, gran parte del de Júpiter Olímpico, y otro monumento denominado por Guillet la *Linterna de Diógenes*, fueron vistos en toda su hermosura por Zygomalas, Cabasilas y Deshayes.

De Monceaux, el marqués de Nointel, Galland, el padre Babin, Spon y Wheler, admiraron aun el Partenon en su integridad; pero la *Linterna* de Diógenes había desaparecido, y el templo de la Victoria saltado por los aires á consecuencia de la explosión de un almacén de pólvora, no quedando de él sino el frontón.

Pococke, Leroi, Stuart y Chandler hallaron el Partenon medio destruido por las bombas de los venecianos, y derribado el frontón del templo de la Victoria. Desde este tiempo, las ruinas han ido en lastimoso aumento; ya diré cómo lord Elgin contribuyó á él.

La Europa sabia se consuela con los dibujos del marqués de Nointel, los *Viajes pintorescos* de Leroi y de Stuart. Mr. Fauvel ha moldeado dos cariátides del Pandroseo y algunos bajos-relieves del templo de Minerva; una metopa del mismo está en manos de Mr. de Choiseul; y lord Elgin le ha arrebatado otros muchos que perecieron en un naufragio en Cérigo. MM. Swinton y Hawkins poseen un trofeo de bronce, encontrado en Olimpia; la estatua mutilada de Ceres-Eleusina está también en Inglaterra; por último, tenemos en *tierra cocida* el monumento coriárico de Lisíerates.

Es muy triste el observar que los pueblos civilizados de Europa han causado más daño á los monumentos de Atenas, en el espacio de ciento cincuenta años, que todos los bárbaros juntos en una dilatada serie de siglos; ¡es desgarrador pensar que Alarico y Mahomet II respetaron el Partenon, y que ha sido destruido por Morosini y lord Elgin!

SEGUNDA MEMORIA.

He dicho que me proponía examinar en esta segunda Memoria la autenticidad de las tradiciones cristianas en Jerusalén. Respecto de la historia de esta ciudad, como no presenta oscuridad alguna, no há menester de explicaciones preliminares.

Las tradiciones de la Tierra-Santa derivan su certidumbre de tres fuentes: de la historia, de la religión y de los lugares ó localidades. Considerémoslas primero bajo el punto de vista de la historia.

Jesucristo, acompañado de sus Apóstoles, cumplió en Jerusalén los misterios de su Pasión. Los cuatro Evangelios son los primeros documentos que nos describen los hechos del Hijo del Hombre; y las actas de Pilatos conservadas en Roma en tiempo de Tertuliano, atestiguan el hecho principal de esta historia, á saber: la crucifixión de Jesus de Nazaret.

El Redentor espira, y José de Arimatea obtiene el sagrado cadáver, y le hace sepultar en un sepulcro al pié del Calvario. El Mesías resucita al tercer día, se muestra á sus Apóstoles y Discípulos, les da sus instrucciones, y luego sube á la diestra de su Padre. Desde entonces la Iglesia empieza en Jerusalén,

Fácilmente se concibe que los primeros apóstoles y los parientes del Salvador, según la carne, que componían esta primera Iglesia del mundo, nada ignoraban de la vida y muerte de Jesucristo. Es esencial observar que el Gólgota estaba fuera de la ciudad, así como el monte de los Olivos; de esto resultaba que los Apóstoles podían orar más fácilmente en los lugares santificados por el divino Maestro.

El conocimiento de estos lugares no estuvo encerrado mucho tiempo en un reducido círculo de discípulos; San Pedro convirtió en dos predicaciones ocho mil personas en Jerusalén; Santiago, hermano del Salvador, fue elegido primer obispo de esta Iglesia el año 35 de nuestra era, y tuvo por sucesor á Simeon, primo de Jesucristo. Sigue luego una serie de trece obispos de raza judía, que ocupan un periodo de ciento veinte y tres años, desde Tiberio hasta el reinado de Adriano. Hé aquí sus nombres: Justo, Zaqueo, Tobias, Benjamin, Juan, Matias, Felipe, Séneca, Justo II, Levi, Efro, José y Judas.

Si los primeros cristianos de la Judea consagraron monumentos á su culto, ¿no es probable que los erigiesen con preferencia en los lugares que habían sido teatro de algunos milagros? ¿Y cómo dudar que hubo desde entonces santuarios en Palestina, cuando los fieles los poseían en la misma Roma y en todas las provincias del Imperio? Cuando San Pablo y los demás apóstoles dan consejos y leyes á las Iglesias de Europa y Asia, ¿á quién se dirigen sino á las congregaciones de fieles, que llenan un recinto comun bajo la dirección de un pastor? ¿No es esto mismo lo que implica la palabra *ecclesia*, que en el griego significa igualmente *asamblea* y *lugar de asamblea*? San Cirilo la toma en este último sentido.

La elección de los siete diáconos el año 33 de nuestra era, y el primer concilio celebrado el año 50, anuncian que los Apóstoles jenian en la Ciudad Santa lugares particulares de reunión. Puede también creerse que el Santo Sepulcro fue honrado desde el nacimiento del Cristianismo con el nombre de *Martyrion* ó *Testimonio*. A lo menos, San Cirilo, obispo de Jerusalén, predicando en 347 en la iglesia del Calvario, dice: «Este templo no lleva el nombre de *iglesia*, como los demás, sino que se llama *Testimonio*, como el Profeta lo había predicho.

Al principio de las conmociones de la Judea, en tiempo del emperador Vespasiano, los cristianos de Jerusalén se retiraron á Pella, y cuando la ciudad quedó destruida, fueron á habitar entre sus ruinas. En un espacio de algunos meses no habían podido olvidar la posición de sus santuarios, que hallándose por otra parte estramuros, no debieron sufrir mucho durante el sitio. Simeon, sucesor de Santiago, gobernaba la Iglesia de Judea cuando Jerusalén fue tomada, pues vemos á este mismo Simeon, de edad de ciento veinte años, recibir la corona del martirio en el reinado de Trajano. Los demás obispos que he nombrado y que nos conducen al tiempo de Adriano, se establecieron sobre los escombros de la ciudad santa, y conservaron las tradiciones cristianas.

Que los lugares sagrados eran generalmente conocidos en el siglo de Adriano, se demuestra con un hecho incontestable. Este emperador, al reconstruir el templo de Jerusalén, levantó una estatua á Venus sobre el Calvario, y otra á Júpiter sobre el Santo Sepulcro, y la gruta de Belen fue consagrada al culto de Adonis. La locura de la idolatría publicó también con sus imprudentes profanaciones esa locura de la Cruz que tanto le interesaba ocultar. La fe hacía tan rápidos progresos en Palestina, antes de la última sedición de los judíos, que Barcochabás, caudillo de esta sedición, había perseguido á los cristianos para obligarles á que renunciasen á su culto.

No bien fue dispersada por Adriano la Iglesia judía de Jerusalén el año 137 de Jesucristo, vemos empezar

la Iglesia de los gentiles en la ciudad santa. Marcos fue su primer obispo, y Eusebio nos da la lista de sus sucesores hasta el tiempo de Diocleciano; estos fueron: Casiano, Publio, Máximo, Juliano, Cayo, Simmaco, Cayo II, Julian II, Capiton, Valente, Doliquio, Narciso, el trigésimo después de los Apóstoles, Dio, Germanion, Gordio, Alejandro, Mazabano, Himeneo, Zabdás, y Hermon, último obispo antes de la persecucion de Diocleciano.

No obstante, Adriano, tan adicto á sus dioses, no persiguió á los cristianos, exceptuando los de Jerusalem, que miró sin duda como judíos, y que eran en efecto, de nacion israelita. Créese que las apologias de Cuadrato y de Aristides hicieron impresion en su ánimo. Escribió tambien á Municio Fundano, gobernador de Asia, una carta prohibiendo castigar á los fieles sin justa causa.

Es probable que los gentiles convertidos á la fe vivieron en paz en Aelia, ó la nueva Jerusalem, hasta el reinado de Diocleciano; y esto se evidencia en el catálogo de obispos de esta iglesia que he puesto mas arriba. Ocupando Narciso la silla episcopal, los diáconos carecieron de aceite en la fiesta de la Pascua, y este obispo hizo con tal motivo un milagro. Los cristianos celebraban, pues, públicamente sus misterios en Jerusalem; habia por lo tanto, altares consagrados á su culto.

Alejandro, otro obispo de Aelia, en el reinado del emperador Severo, fundó una biblioteca en su diócesis; esto supone paz, horas de ocio y prosperidad, pues, los proscriptos no abren una escuela pública de filosofía.

Si los fieles no tenian entonces el disfrute del Calvario, del Santo Sepulcro y de Belen, para celebrar sus fiestas, no podian sin embargo perder la memoria de estos santuarios, pues los ídolos les señalaban su sitio. Lejos de esto, los paganos esperaban que el templo de Venus, construido en la cima del Calvario, no impediría á los cristianos visitar esta colina sagrada, porque se alegraban pensando que los nazarenos, al ir á orar al Gólgota, parecería que adoraban á la hija de Júpiter. Esta es una demostracion irrecusable del pleno conocimiento que la iglesia de Jerusalem tenia de los Santos-Lugares.

Hay autores que van mas lejos, y sostienen que antes de la persecucion de Diocleciano los cristianos de la Judea habian entrado en posesion del Santo Sepulcro. Es cierto que San Cirilo al hablar de la iglesia que lleva este nombre, dice positivamente: «No há mucho que Belen era un lugar inculto, y el Calvario un jardín cuyos vestigios se ven todavia.» ¿Qué suerte habia, pues, cabido á los edificios profanos? Todo induce á creer que los paganos, cuyo número era muy reducido en Jerusalem, para sostenerse contra la creciente multitud de los fieles, abandonaron poco á poco los templos de Adriano. Si la Iglesia, perseguida aun, no se atrevió á reconstruir sus altares en el Santo Sepulcro, tuvo á lo menos el consuelo de adorarlo sin obstáculo, y de ver arruinarse en él los monumentos de la idolatria.

Hemos llegado á la época en que los Santos-Lugares empiezan á brillar con un resplandor que nunca se apagará. Habiendo hecho Constantino subir la religion al trono, escribió á Macario, obispo de Jerusalem, mandándole adornar el sepulcro del Salvador con una soberbia basilica. Helena, madre del emperador, se trasladó á Palestina, é hizo por sí misma buscar el Santo Sepulcro, que habia sido ocultado debajo de los cimientos de los edificios de Adriano. Un judío probablemente cristiano, que segun Sozomeno, habia guardado unas Memorias de sus padres, indicó el lugar en donde debía hallarse el Santo Sepulcro. Helena tuvo la gloria de devolver á la religion el monumento sagrado, descubriendo además tres cruces, una de las cuales se hizo reconocer por ciertos milagros como la del Redentor. No solo se edificó una

magnífica iglesia cerca del Santo Sepulcro, sino que Helena hizo además construir otras dos: una en el pesebre en que nació el Mesias en Belen, y la otra en el monte Olivete, en memoria de la Ascension del Señor. Las capillas, los oratorios y los altares señalaron paulatinamente todos los lugares consagrados por las acciones del Hijo del Hombre; las tradiciones orales fueron escritas y puestas al abrigo de la infidelidad de la memoria.

En efecto, Eusebio, en su *Historia de la Iglesia*, en su *Vida de Constantino*, y en su *Onomasticum urbium et locorum Sacra Scripturae*, nos describe los Santos-Lugares casi lo mismo que los vemos hoy; habla del Santo Sepulcro, del Calvario, de Belen, del monte de los Olivos y de la gruta donde Jesucristo reveló los misterios á sus Apóstoles. Sigue á este historiador San Cirilo, á quien he citado muchas veces, y que nos muestra las estaciones sagradas tales como se veian antes y después de los trabajos de Constantino y de Santa Helena; Sócrates, Sozomeno, Teodoro y Evgro publican la sucesion de muchos obispos, desde Constantino hasta Juliano, Macario, Cirilo, Heremio, Heradio, Hilario, Juan, Salustio, Martirio, Eliás, Pedro, Macario y Juan, cuarto de este nombre.

San Jerónimo, retirado en Belen en 385, nos dejó en diferentes pasajes de sus obras el cuadro mas completo de los Santos-Lugares. «Seria demasiado largo, dice en una de sus cartas, recorrer todas las edades, desde la Ascension del Señor hasta nuestro tiempo, para referir cuántos obispos, cuántos mártires y cuántos doctores se han trasladado á Jerusalem; porque hubieran creído tener menos piedad y ciencia, sino hubiesen adorado á Jesucristo en los mismos lugares en que el Evangelio empezó á brillar desde lo alto de la Cruz.»

San Jerónimo asegura en la misma carta que iban á Jerusalem muchos peregrinos de la India, la Etiopia, la Bretaña y la Hibernia, y que se les oía cantar en diferentes lenguas las alabanzas de Jesucristo en derredor de su sepulcro. Añade que de todas partes se enviaban limosnas al Calvario; cita los principales lugares objeto de la devocion pública en Palestina, y añade que solo en Jerusalem habia tantos santuarios que no se les podia recorrer en un solo dia. Esta carta está dirigida á Marcelo, y se cree ha sido escrita por San Pablo y Santa Eustaquia, aunque algunos manuscritos la atribuyen á San Jerónimo. Pregunto pues: ¿los fieles que desde los tiempos apostólicos hasta fines del siglo IV habian visitado el sepulcro del Salvador, ignoraban el lugar de este sepulcro?

El mismo Padre de la Iglesia, en su carta á Eustaquia, acerca de la muerte de Pablo, describe en estos términos las estaciones donde se detuvo la santa dama romana:

«Arrodillóse, dice, delante de la Cruz, en la cima del Calvario, y abrazó en el Santo Sepulcro la piedra que el ángel habia levantado cuando lo abrió, y besó con especial respeto el lugar sobre que habia descendido el cuerpo de Jesucristo. Vió en el monte Sion la columna en que el Salvador habia sido atado y azotado; esta columna sostenia entonces el pórtico de una iglesia; haciéndose luego trasladar al lugar donde los Discípulos estaban reunidos cuando el Espíritu-Santo bajó sobre ellos. Trasladóse tambien á Belen y se detuvo al pasar por el sepulcro de Raquel; adoró el Pesebre, y le parecía ver aun en él á los Magos y los pastores. En Bethagé halló la tumba de Lázaro y la casa de Marta y Maria; en Sicheschar admiró una iglesia construida sobre el pozo de Jacob, donde Jesucristo habló á la Samaritana; y finalmente, halló en Samaria el sepulcro de San Juan Bautista.»

Esta carta es del año 404; há, pues 1406 que ha sido escrita. Pueden leerse todas las relaciones de la Tierra-Santa, desde el *Viage de Arculfo* hasta mi *Iti-*

nerario, y se verá que los peregrinos han hallado y descrito constantemente los lugares señalados por San Jerónimo. En verdad que esta, á lo menos, es una hermosa é imponente antigüedad.

Una prueba de que las peregrinaciones á Jerusalem han precedido aun al tiempo de San Jerónimo, como dice muy bien el sabio doctor, se deduce del *Itinerario de Burdeos á Jerusalem*. Este Itinerario fue compuesto, segun los mejores críticos, en 333, para uso de los peregrinos de las Galias. Manuert opina que era un cuadro de camino para alguna persona encargada de una mision del príncipe; pero es mucho mas natural suponer que este *Itinerario* tenia un objeto general; y esto es tanto mas verosímil cuanto que los Lugares-Santos están descritos en él.

Es cierto que San Gregorio de Nisia condena ya el abuso de las peregrinaciones á Jerusalem. El habia visitado los Santos-Lugares en 379, y nombra en particular el Calvario, el Santo Sepulcro, el monte de los Olivos y Belen. Tenemos este viaje entre las obras del santo obispo, con el título de *Iter Hierosolyma*. San Jerónimo procura tambien disuadir á San Paulino de la peregrinacion á Tierra-Santa.

No eran tan solo los sacerdotes, los solitarios, los obispos y los doctores, los que se trasladaban desde todas partes á Palestina, en la época de que hablamos; verificábanlo tambien las damas ilustres y hasta las princesas y las emperatrices; ya he nombrado á santa Paula y santa Eustaquia, y debo citar además á las dos Melanias. El monasterio de Belen se llenó de las mas distinguidas familias de Roma, que huian de Alarico. Cincuenta años antes, Eutropia, viuda de Maximiano Hércules, habia hecho el viaje á los Santos-Lugares y destruido los restos de la idolatria, que aun se dejaban ver en la feria de Terebinto, cerca de Hebron.

El siglo que siguió al de San Jerónimo, no nos deja perder de vista el Calvario; Teodoro escribe á la sazón su *Historia eclesiástica*, donde hallamos con frecuencia la cristiana Sion. Aun la encontramos mejor en la *Vida de los Solitarios* por el mismo autor. El anacoreta San Pedro llevó á cabo el viaje sagrado. Teodoro fue á Palestina, donde contempló con asombro las ruinas del Templo. Las dos peregrinaciones de la emperatriz Eudoxia, esposa de Teodosio el Joven, se verificaron en este siglo, y después de haber mandado construir algunos monasterios en Jerusalem, concluyó sus dias en el retiro.

El principio del siglo vi nos suministra el *Itinerario* de Antonino de Plaisance, quien describe todas las estaciones, como San Jerónimo. Veo en este viaje un *Cementerio de los peregrinos*, á la puerta de Jerusalem, lo cual indica bastante la influencia de estos piadosos viajeros. El autor halló la Palestina cubierta de iglesias y de monasterios, y dice que el Santo Sepulcro estaba adornado de piedras preciosas, de joyas, de coronas de oro, de braceletes y de collares.

El primer historiador de nuestra monarquia, Gregorio de Tours, nos habla tambien en este siglo de las peregrinaciones á Jerusalem. Uno de sus diáconos habia ido á Tierra-Santa; y este diácono vió una estrella milagrosa en Belen, con otros cuatro viajeros. Segun el mismo historiador, habia entonces en Jerusalem un gran monasterio donde se recibia á los viajeros; este era sin duda el mismo hospicio que Brocardo halló doscientos años después.

Tambien fue en este mismo siglo cuando Justiniano elevó al obispo de Jerusalem á la dignidad patriarcal. Este emperador envió al Santo Sepulcro los vasos sagrados que Tito habia robado al Templo, y que, habiendo caído en 453 en poder de Genserico, fueron hallados en Cartago por Belisario.

Cosroés tomó á Jerusalem en 613; Heraclio llevó al sepulcro de Jerusalem la verdadera Cruz, arrebatada por el rey de los persas. Veinte y un años después, Omar se apoderó de la ciudad santa, que permaneció

bajo el yugo de los sarracenos hasta el tiempo de Godofredo de Bouillon. En el *Itinerario* se verá la historia de la iglesia del Santo Sepulcro, durante aquellos siglos calamitosos, y cómo fue salvada por la invencible constancia de los fieles de la Judea, pues nunca la abandonaron; y los peregrinos, rivalizando en celo con ellos, no cesaban de correr á sus playas.

Algunos años después de la conquista de Omar, Arculfo visitó la Palestina. Adamanno, abad de Jona, en Inglaterra, escribió una relacion de la Tierra-Santa, ateniéndose á la relacion del obispo francés. Seranio la publicó en Ingolstad, en 1619, con este título: *De Locis Terræ Sanctæ lib. III*. Hállase un extracto de ella en las obras del venerable Beda: *De situ Jerusalem et Locorum Sanctorum liber*. Mabillon ha trasladado la obra de Adamanno á su gran coleccion. *Acta SS. Ordin. Benedicti II*; 514.

Arculfo describe los Santos-Lugares cual se hallaban en tiempo de San Jerónimo, y cual los vemos en la actualidad. Habla de la basilica del Santo Sepulcro como de un monumento de forma circular; halló algunas iglesias y oratorios en Betania, en el monte de los Olivos, en el jardín de este nombre, en el de Gesemani, etc., y admiró la magnífica iglesia de Belen, etc. Esto es exactamente todo que en el dia se enseña; y no obstante, este viaje es del año 690, si se supone la muerte de Adamanno acaecida en octubre de 704. Por lo demás, en tiempo de San Arculfo, Jerusalem se llamaba todavia Aelia.

Tenemos en el siglo octavo dos relaciones del viaje á Jerusalem, de San Guillebaldo: en ellas se lee la descripcion de los mismos lugares, y se ve la misma fidelidad en las tradiciones. Estas descripciones son breves, pero se marcan en ellas las estaciones esenciales. El sabio Guillermo Cave indica un manuscrito del venerable Beda, en *Bibliotheca Guattari Copti*, cod. 169, con el título: *Libellus de Sanctis Locis*. Beda nació en 672 y murió en 732. Sea lo que fuere este lacónico libro acerca de los Santos-Lugares, es preciso referirlo al siglo octavo.

En el reinado de Carlo-Magno, á principios del siglo ix, el califa Haroun-al-Raschid cedió al emperador francés la propiedad del Santo Sepulcro; Carlos envió limosnas á Palestina, puesto que una de sus Capitulares presenta este epigrafe: *De eleemosyna mittenda ad Jerusalem*. El patriarca de esta ciudad habia reclamado la proteccion del monarca de Occidente. Eginardo añade que Carlo-Magno protegía á los cristianos de Ultramar. En aquella época los peregrinos latinos poseian un hospicio al Norte del templo de Salomon, cerca del convento de Santa Maria, y Carlo-Magno habia regalado á este hospicio una biblioteca. Sabemos estas particularidades por Bernardo el Monje, que se hallaba en Palestina en 870. La relacion, muy minuciosa, indica todas las posiciones de los Santos-Lugares.

Elias, tercero de este nombre, patriarca de Jerusalem, escribió á Carlos el Gordo á principios del siglo décimo, pidiéndole recursos pecuniarios para el restablecimiento de las iglesias de Judea. «No entraremos, dice, en el relato de nuestros males; hartos conocidos te son por los peregrinos que vienen todos los dias á visitar los Santos-Lugares, y luego vuelven á su patria.»

El siglo xi, que concluye con las Cruzadas, nos presenta muchos viajeros en Tierra-Santa. Olderico, obispo de Orleans, fue testigo de la ceremonia del fuego sagrado en el Santo Sepulcro. Es verdad que la Crónica de Glaber debe ser leida con prevencion; pero aquí se trata de un hecho y no de un punto de crítica. Alacio, en *Symmictis sive Opusculis*, etc., nos ha conservado el *Itinerario á Jerusalem* del griego Eugisipo. La mayor parte de los Santos-Lugares están descritos en él, y su descripcion es conforme á todo lo que conocemos. Guillermo el Conquistador envió

limosnas considerables á Palestina en el discurso de este siglo. Finalmente, el viaje de Pedro el Ermitaño, que tan gran resultado produjo, y las mismas Cruzadas, prueban hasta qué punto se ocupaba el mundo de aquella region lejana, donde se operara el misterio de su salvacion.

Jerusalém permaneció en manos de los principes franceses por espacio de ochenta y ocho años; y durante este periodo los historiadores de la coleccion *Gesta Dei per Francos*, no nos dejan ignorar circunstancia alguna relativa á la Tierra-Santa. Benjamin de Tudela se trasladó á Judea en 1173.

Cuando Saladino volvió á tomar á Jerusalém á los Cruzados, los sirios rescataron, mediante una suma considerable, la iglesia del Santo Sepúlcr; y, no obstante los peligros de tal empresa, los peregrinos continuaron visitando la Palestina.

Focas, en 1208; Villebrando de Oldemburgo, en 1211; Jacobo Vetraco ó de Vetri, en 1231, y Brocardo, religioso dominico, en 1283, reconocieron y consignaron en sus viajes todo lo que se habia dicho antes de ellos acerca de los Santos-Lugares.

En el siglo xiv tenemos á Ludolfo, Maudville y Sanuto.

En el xv, á Breindebach, Tucher y Langi.

En el xvi, á Heyter, Salignac y Pascha.

En el xvii, á Cotavico, Nau y otros ciento.

En el xviii, á Maundrelle, Pocoque, Shaw y Haselquist.

Todos estos viajes, que se multiplican hasta lo infinito, se repiten unos á otros, y confirman las tradiciones de Jerusalém del modo mas invariable y sorprendente.

En efecto, ¡cuán pasmoso cuerpo de pruebas! Los Apóstoles vieron á Jesucristo; conocian, pues, los lugares santificados por los pasos del Hijo del Hombre; trasmiten esta tradicion á la primera Iglesia cristiana de la Judea; establécese la sucesion de los obispos y guardase con esmero la sagrada tradicion; muéstrase Eusebio, y empieza la historia de los Santos-Lugares; Sócrates, Sozomeno, Teodoreto, Egevo y San Jerónimo la continúan. Los peregrinos acuden de todas partes. Desde este momento hasta nuestros dias, una serie de viajes no interrumpidos, nos presenta por espacio de catorce siglos los mismos hechos y las mismas descripciones. ¿Qué tradicion se apoyó en tiempo alguno en tan gran número de testimonios? Si en esto se abrigasen dudas, preciso seria renunciar á dar asenso á algo; y nótese que he pasado por alto todos los datos que hubiera podido sacar de las Cruzadas. Pero añadiré á tantas pruebas históricas algunas consideraciones acerca de la naturaleza de las tradiciones religiosas, y sobre la localidad de Jerusalém.

Es cierto que los recuerdos religiosos no se pierden tan fácilmente como los puramente históricos, pues estos solo están confiados por lo regular á la memoria de un reducido número de hombres eruditos, que pueden olvidar la verdad ó disfrazarla segun sus pasiones; al paso que aquellos están entregados á todo un pueblo que los trasmite maquiñalmente á sus hijos. Si el principio de la religion es severo, como en el Cristianismo; si la mas ligera involucion de un hecho ó de una idea se convierte en herejía, es probable que todo cuanto á esta religion atañe se conservará de edad en edad con rigurosa exactitud.

No ignoro que en el transcurso del tiempo una piedad exagerada, un celo mal entendido, una ignorancia propia del tiempo y de las clases inferiores de la sociedad, pueden sobrecargar un culto de tradiciones que no puedan resistir el exámen de una critica ilustrada; pero el fondo de las cosas permanece siempre el mismo. Diez y ocho siglos, que indican de consuno en los mismos lugares las mismas tradiciones, no pueden engañar. Si algunos objetos de devocion se han multiplicado en demasia en Jerusalém, esto no es una

razon suficiente para rechazar lo demás como una impostura. No olvidemos por otra parte que el Cristianismo fue perseguido en su cuna, y que ha continuado casi siempre perseguido en Jerusalém; pero todos saben cuánta fidelidad reina entre unos hombres que padecen juntos; todo, entonces, se presenta como sagrado, y los restos de un mártir son mirados con mas respeto que la corona de un monarca. El niño que apenas sabe hablar, conoce ya estos restos; llevado, durante la noche, en brazos de su madre, á unos altares rodeados de peligros, oye unos cantos y ve unas lágrimas que graban para siempre en su tierna memoria unos objetos que nunca ya se borrarán de ella; y cuando deberia ostentar únicamente la alegría, la expansion del alma y la ligereza de su edad, aprende á mostrarse circunspecto, juicioso y prudente, porque el infortunio es una vejez prematura.

Encuentro en Eusebio una prueba notable de esta veneracion á una santa reliquia, pues refiere que en su tiempo los cristianos de la Judea conservaban aun la silla de Santiago, hermano del Salvador, y primer obispo de Jerusalém. El mismo Gibbon no ha podido menos de reconocer la autenticidad de las tradiciones religiosas en Palestina: «*They fixed (christians dice, by unquestionable tradition, the scene of each memorable even.*» — «Fijaron (los cristianos), mediante una tradicion que no admite duda, la escena de cada acontecimiento memorable;» confesion de extraordinario peso en la pluma de un escritor tan instruido como el historiador inglés, y de un hombre, al mismo tiempo, tan poco favorable á la religion.

Por último, las tradiciones de lugares no se alteran como las de hechos, porque la faz de la tierra no cambia tan fácilmente como la de la sociedad. Esto es lo que con mucha razon observa D'Anville, en su excelente *Disertacion acerca de la antigua Jerusalem*: «Las circunstancias locales, dice, de las cuales decide la misma naturaleza, no toman parte alguna en las mudanzas que el tiempo y el furor de los hombres han podido producir en la ciudad de Jerusalém.» Así, pues, D'Anville halla con una sagacidad maravillosa todo el plano de la antigua Jerusalem en la nueva.

El teatro de la Pasion, estendiéndolo desde el monte de los Olivos hasta el Calvario, no ocupa mas de una legua de terreno; y, ¡véase cuantas cosas pueden señalarse fácilmente en este reducido espacio! Hay desde luego una montaña llamada el *Monte de los olivos*, que domina la ciudad y el Templo, hácia el Oriente; esta montaña está allí, y no ha cambiado de lugar; hay un torrente Cedron; y este torrente es aun el único que pasa por Jerusalém; hay un lugar prominente, á la puerta de la antigua ciudad, donde se entregaba á muerte á los criminales; este lugar elevado se encuentra fácilmente entre el monte Sion y la puerta Judiciaria, de la que subsisten todavia algunos vestigios. Nadie puede desconocer á Sion, puesto que es la mas enhiesta colina de la ciudad. «Tenemos, dice nuestro gran geógrafo, certidumbre acerca de los limites de esta ciudad en la parte ocupada por Sion. Este es el lado que avanza mas hácia el Mediodia; y no solo está fijado de manera que no puede estenderse mas allá; por este lado, sino que el espacio de la estension que Jerusalém puede ganar en anchura, se halla determinado, por una parte por la pendiente ó declive de Sion, que mira al Poniente; y por otro, por su estremidad opuesta al Cedron.» Todo este raciocinio es exacto, y pudiera decirse que D'Anville lo ha formado en presencia de los lugares.

El Gólgota era un pequeño grupo del monte Sion, al oriente de esta montaña y al occidente de la puerta de la ciudad; esta altura, donde descuella actualmente la iglesia de la Resurreccion, se distingue perfectamente todavia. Sabido es que Jesucristo fue enterado en un jardín al pié del Calvario; este jardín y la casa adyacente no pueden desaparecer al pié del Gól-

gota, montecillo cuya base no es bastante ancha para que un monumento se pierda en ella.

El monte de los Olivos y el torrente Cedron determinan luego el valle de Josafat; y este la posicion del Templo sobre el monte Moria. El Templo indica la puerta Triunfal y la casa de Herodes, que José coloca hácia el Oriente, en la parte baja de la ciudad y cerca del Templo. El pretorio de Pilatos estaba casi contiguo á la torre Antonia; y los cimacios de esta torre están patentes. Así, siendo conocidos el tribunal de Pilatos y el Calvario, se coloca fácilmente la última escena de la Pasion en el camino que conduce del uno al otro, sobre todo teniendo aun por testigo la puerta Judiciaria. Este camino es esa *Via dolorosa* tan célebre en todas las relaciones de los peregrinos.

Las acciones de Jesucristo, fuera de la ciudad santa, no están indicadas por los lugares con menos exactitud. El jardín de los Olivos, al otro lado del valle de Josafat y del torrente Cedron, se halla visiblemente hoy en la misma posicion que le fija el Evangelio.

Pudiera añadir muchos hechos, conjeturas y reflexiones, á todo lo que acabo de decir; pero es tiempo de poner término á esta introduccion, ya demasiado larga. Todo aquel que examine con buena fe las razones aducidas en esta Memoria, convendrá en que si hay alguna cosa satisfactoriamente probada en la tierra, esta cosa es la autenticidad de las tradiciones cristianas en Jerusalem.

PRIMERA PARTE.

VIAJE POR LA GRECIA.

El plan de los *Mártires* habia sido interrumpido por mí; la mayor parte de los libros de esta obra estaban empezados, pero ereí no debía darles la última mano antes de visitar el país en que habia colocado mi escena; otros encuentran recursos en sí mismos; yo necesito suplir lo que me falta con toda clase de trabajos. Así, pues, cuando no se halle en este *Itinerario* la descripcion de estos ó aquellos lugares célebres, será preciso buscarla en los *Mártires*.

Agregábase otras consideraciones al principal motivo que me habia abandonado de nuevo la Francia, despues de tantas escursiones: un viaje á Oriente completaba el círculo de los estudios que siempre me habia propuesto acabar. Habia contemplado en los desertos de América los grandes monumentos de la naturaleza; y entre los los de hombres, solo conocia dos clases de antigüedades: la céltica y la romana; faltábame recorrer las ruinas de Atenas, de Memphis y de Cartago. Deseaba tambien hacer una peregrinacion á Jerusalem.

Qui devoto
Il gran Sepolcro adora e scioglie il voto.

Estraño puede parecer hoy hablar de votos y de peregrinaciones; pero en esta materia no me ruborizo, y me he filiado há mucho tiempo entre los supersticiosos y los débiles. Seré tal vez el último francés que he salido de mi país para viajar por la Tierra-Santa con las ideas, el objeto y los sentimientos de un antiguo peregrino. Pero sino tengo las virtudes que brillaron en otro tiempo en los señores de Coucy, de Nesles, de Chastillon y de Monfort, á lo menos me queda su fe; y por esta señal pudiera aun hacerme reconocer entre los Antiguos Cruzados.

Al abandonar segunda vez mi patria el 13 de julio de 1806, no temí volver la cabeza como el senescal de Champagne, señor de Joinville; casi extranjero en mi país, no dejaba á mi espalda ni un palacio ni una choza.

Conocia ya el camino desde Paris á Milan. En esta ciudad emprendí el de Venecia; y ví, casi como en el Milanésado, una fértil y monotoná laguna. Detuvéme algunos instantes en los monumentos de Verona, de Vicenza y de Padua. Llegué á Venecia el 23, y examiné por espacio de cinco dias los restos de su pasada grandezza; fuéronme mostrados algunos buenos cuadros del Tintoretto, de Pablo Veronés y de su hermano, del Basan y del Ticiano. Busqué en una iglesia desierta el sepulcro de este pintor, y me costó algun trabajo hallarlo; lo mismo me habia sucedido en Roma con el sepulcro del Taso. Las cenizas de un poeta religioso y desgraciado no están mal en una ermita; parece que el cantor de la *Jerusalém* se ha refugiado á aquella ignorada sepultura, como para sustraerse á la persecucion de los hombres: llena el mundo con su fama, y descansa desconocido á la sombra de los naranjos de San Onofre.

Sali de Venecia el 28, y me embarqué á las diez de la noche para trasladarme á tierra firme. El viento del Sudeste soplabá lo bastante para henchir la vela, pero no lo suficiente para agitar las olas. A medida que la barca se alejaba, veia perderse en el horizonte las luces de Venecia, y distinguía, á manera de manchas sobre las aguas, las diferentes sombras de las islas de que la playa está sembrada. Estas islas, en lugar de hallarse cubiertas de fortalezas y bastiones, están ocupadas por iglesias y monasterios. Las campanas de los hospicios y lazareto se hacian oír, y reproducian ideas de calma y de socorro en medio del imperio de las tempestades y los peligros. Nos acercamos bastante á uno de aquellos asilos para entrever á los frailes que miraban pasar nuestra góndola: parecian unos viejos marineros que habian vuelto al puerto despues de largas travesias; tal vez bendecian al viajero, porque se acordaban de haber sido como él extranjeros en la tierra de Egipto: «*Fuistis enim et vos advenæ in terra Egypti.*»

Antes de amanecer llegué á tierra firme, y tomé una silla de posta para trasladarme á Trieste. Yo me desvié de mi camino para ver á Aquilea, pues no sentí la tentacion de visitar la brecha por donde los godos y los hunnos penetraron en la patria de Horacio y de Virgilio, ni la de buscar las huellas de aquellos ejércitos que ejecutaban la venganza de Dios. Entré en Trieste el 29 á mediodia. Esta ciudad, regularmente construida, está situada bajo un cielo bastante hermoso y al pié de una cadena de montañas estériles; no posee monumento alguno. El último soplo de Italia espira en aquella playa, donde empieza la barbarie.

Mr. Seguier, cónsul de Francia en Trieste, tuvo la bondad de hacerme buscar un buque, y se halló uno próximo á darse á la vela para Esmirna; sus capitán me tomó á bordo con mi criado. Convine con él en que me dejaria al paso en las costas de la Morea, para atravesar por tierra el Peloponeso; que el buque me esperaria algunos dias en la punta del Ática, y que, si pasados estos dias no me dejaba ver, proseguiria su navegacion.

Aparejamos el 1.º de agosto á la una de la tarde, pero al salir del puerto, el viento nos fue contrario. La Istria presentaba á lo largo del mar una costa baja, que se apoyaba en el interior en una cadena de montañas. El Mediterráneo, ocupando el centro de los países civilizados, sembrado de risueñas islas, bañando unas costas plantadas de mirtos, de palmeras y de olivos, ofrece desde luego la idea del mar en que nacieron Apolo, las Nereidas y Venus; mientras el Océano, teatro de las tempestades, y rodeado de tierras desconocidas, debia ser naturalmente la cuna de los fantasmas de la Escandinavia, ó el dominio de esos pueblos cristianos que se forman una idea tan imponente de la grandezza y la omnipotencia de Dios.

El 2 al mediodia, el viento se declaró favorable, pero las nubes que se apiñaban al Occidente nos anun-